

LA CARDELINA

Tengo un pajarillo implume que he tomado de un nido que “me sabía” en la huerta. La mañana estaba recién estrenada, era muy temprano.

Cuando me paré ante el árbol del nido de “re cardelinas”, por éste nombre las reconocemos en el pueblo, los padres debieron reconocirme, temerosos, porque vi dos que empezaron a dar vuelos en rededor del árbol modulando sus gargantillas un clamor lastimero.

Trepé al árbol mientras los pobres padres redoblaban su clamor ahora convertido en delgadas voces de alarma.

Vi los cuatro pajarillos implumes acurrucados en el nido, confiados, indefensos, cogí uno gozoso.

Mientras me alejaba del árbol con el pobre pajarillo, los padres me siguieron revolando un trecho, sin dejar de formular, en vano por supuesto, sus súplicas, lamentos y quejas.

He puesto cuidadosamente el pajarillo dentro de un bote, sobre un acomodo de fina hierba seca y menudas plumas de gallina.

Cuando abre el pico y lo hace siempre que lo toco con el dedo índice por vía de estímulo, le introduzco miguitas de pan que el infeliz intenta tragar sin ningún entusiasmo.

Me proponía criar al pajarillo, pero con dolor mío el infortunado murió.

Cuando fui niño mayor me arrepiento de lo hecho.

Posteriormente cuando fui adulto salvé vidas de otros pájaros disparando cepos que con hormigas de alas estaban preparados en la huerta para su captura.

Martín Nebra.